

gos, pues entonces mismo, súbito, sin declaracion de guerra y por sorpresa, sus armas se apoderaron de la plaza de Zahara, cuya posicion sobre una escarpada roca la hacia pasar por intomable. Tan pérfida agresion no quedó impune: la gloriosa toma de Alhama, la ciudad de los magníficos baños, fué la respuesta que al desafio de los Moros dieron los cristianos. De entonces mas prosiguió la guerra, si bien con la intermitencia, accidentes, y poca regularidad consiguientes á la topografía como al clima de aquellas regiones y á la reciproca situacion de los beligerantes. Habíase propuesto Isabel, una vez obligada á empuñar las armas, no deponerlas hasta obligar con ellas á la Media Luna á trasponer el español horizonte; y cumpliéndolo en efecto. La rica y nueva armadura de que para aquella guerra se proveyó, figura hoy en la Armería Real de Madrid, llamando singularmente la atencion entre sus demás prendas la espada, mucho mas larga que la por la Reina usada en su campaña contra Portugal, y tambien á la misma superior en magnificencia. Pomo y guarnicion son dorados; la vaina de terciopelo azul celeste bordado en plata. El monograma de Isabel adorna el casco; y un gracioso floreado dibujo la superficie de brazaes y coraza.

Antes de comenzar la campaña, pidió Isabel sus oraciones á la Iglesia; porque el verdadero fin que en aquella se proponia era el triunfo social de la Cruz. Por una parte su humanidad queria economizar sangre; su proselitismo, por otra, la salvacion de las almas y no el exterminio de toda una raza. Para tales fines sugirióle su claro ingenio un plan de guerra, de muger propiamente, y segun el cual la paciencia, la habilidad, y el valor personal, supliendo al número de un poderoso ejército, eran agentes que debian asegurarle el triunfo de sus armas. Reduciase, en suma, suproyecto, á utilizar las rivalidades intestinas de los contrarios, para dividirlos; el debilitar sucesivamente al enemigo, arrebatándole una á una sus plazas fuertes, para dejar en fin sola á Granada, y atacar entonces aquella soberbia ciudad, orgullo del Islamismo en el Occidente. El plan de Isabel puede decirse que consistia principalmente en aparentar que ninguno tenia, en no formular sistema estratégico: mas en la intimidad solia decir, jugando ingeniosamente del vocablo: « *Grano á grano, es como se come la Granada.* »

Llegó un dia en que aquella capital con su reducido término, era ya lo único que restaba del poderoso imperio por Abderramen fundado en la

Península. Yace Granada, cuyo aspecto en conjunto ofrece notable semejanza con el entreabierto fruto cuyo nombre lleva, en la confluencia de los rios Darro y Jenil, sobre dos colinas en cuyas cumbres insisten sendos Alcázares: de una parte la *Alhambra*, el *Albaicin* de otra, se miran en la feraz y tan poética como histórica *Vega* que al pié de los cerros que de asiento les sirven, se tiende llevando sus limites al Occidente. Atraviesa el *Darro* con su humilde caudal por entre las dos colinas, y desaguá en el *Jenil* al salir de la ciudad, en la época á que nos referimos ceñida con doble muro, por formidables torres flanqueado. La *Alhambra*, á un tiempo fortaleza y palacio de los Reyes moros, insiste sobre la mas alta de las dos colinas, y por su extension asemejábase entonces á una pequeña ciudad; el *Albaicin*, mas modesto, era el centro del barrio popular, y estaba por un muro especial dividido del cuartel aristocrático. Pretenden algunos autores que Granada llegó á contar cerca de cuatrocientas mil almas en su recinto: pero lo probable es que no encerrase mas de cien mil cuando se vió reducida á luchar sola contra las fuerzas reunidas de toda España.

Ya entre los Moros mismos corria la voz de que era llegado el término fatal de su dominacion en la Península; ya los Fakires aterraban la ciudad con sus funestas y harto fundadas predicciones. Los Arabes granadinos en efecto, que desde el reinado mismo de D. Enrique IV de Castilla venian experimentando considerables reveses, contaban solo para resistir á los Reyes Católicos, con algunas plazas, fuertes por su natural asiento, pero sin fosos (1), sin obras exteriores, sin mas defensa que un simple muro; y con una brillante *caballeria*, ejercitada en lanzar la azagaya, y tan pronta á cargar, como á huir pronta igualmente (2). Del Africa nada podia esperar: eran ya pasados los tiempos en que innumerables hordas de *Almohades* y *Almoravides* podian invadir la Península. En

(1) Parécenos que el autor se engaña: las fortalezas de los Moros, en general, eran tan buenas como las mejores de aquel tiempo; y el *foso* además es un elemento primitivo del arte de la fortificacion: estamos por decir que es la primera de las naturales defensas.

(N. del T.)

(2) Los *Caballeros* granadinos en nada cedian, absolutamente en nada, ni en valor personal, ni en destreza en las armas, ni en generoso ardimiento, ni en firmeza en los reveses, á los justamente célebres *Caballeros Castellanos* que los vencieron. ¿A qué, pues, hacer de las huestes de Granada una copia de los *Partos*, ó de los Africanos de Yugurta? — Cedieron al número, cedieron á la fuerza de las circunstancias, á la inevitable

cuanto al Soldan de Egipto, limitándose á enviar al Guardian del Santo Sepulcro para que con D. Fernando intercediese en su nombre por los Granadinos, olvidó bien pronto negocio para él tan lejano, para atender al inmediato riesgo con que los Otomanos le amenazaban muy de cerca.

En venganza de la toma de Zahara, como dijimos, y estimulados por su ilustre Reina, sola autoridad á quien obedecer querian, invadieron los Castellanos el reino de Granada, con valerosas huestes en que ya figuraron los futuros vencedores de Oran y de Cerinola: Pedro Navarro, y Gonzalo de Córdoba. En el discurso de once años los cristianos, dueños ya de Alhama, baluarte de Granada, conquistaron á Málaga, vehículo principal del comercio entre España y Africa; después á Baza, ciudad de ciento y cincuenta mil habitantes; y llegaron, en fin, con ochenta mil hombres á sentar sus reales en torno de Granada misma, entonces entregada á todas las iras de la mas furiosa discordia. Dentro de sus muros luchábase de hermano á hermano, y de padre á hijo; Boabdil y un tio suyo, el *Zagal*, habíanse repartido los restos de aquella moribunda soberanía; y el último, para que nada faltase, ni á la desdicha ni á la ignominia, vendió su parte á los Castellanos, á trueque de un opulento condado. Quedó, pues, solo en el trono Boabdil, que ya antes se habia reconocido vasallo de Castilla, y que mas bien obedecia al ciego obstinado furor de su pueblo, que en realidad lo capitaneaba.

Nueve meses duró el sitio; nueve meses durante los cuales primero intentó un moro asesinar á los Reyes, y luego un incendio devoró casi todo el campamento, poniendo en riesgo la vida de la Reina, involuntaria ocasion de aquel terrible accidente. Doña Isabel, en efecto, que tenia la costumbre de emplear en la lectura una gran parte de la noche, deseuídóse una con la luz, y esta prendió fuego á su tienda, comunicándose el incendio rápidamente al resto del campo. Dichosamente salvóse la Reina, y no solo se salvó, sino que supo hacer de un suceso que pudiera reanimar las

ley de la Providencia en cuyos designios habia sonado ya la hora de la emancipacion y de la unidad española: pero individualmente considerados los Moros de Granada, no eran ciertamente inferiores á sus adversarios; y mas diremos: si las divisiones intestinas, si la guerra civil no la redujese como la redujo á la mas deplorable anarquía, Granada, como estado político, nada tuviera que envidiar en civilizacion á Castilla, y Granada como entidad militar, pudiera aun resistir no poco tiempo á las armas católicas. (N. del T.)

esperanzas de los sitiados, motivo por el contrario para hacerles perder las pocas que ya conservaban. En vez del campamento quemado Doña Isabel mandó levantar una ciudad que, con el nombre de *Santa-Fe*, fué en ochenta dias edificada, haciendo así comprender á los Moros que el asedio habia de durar tanto al menos como su desesperada resistencia.

Sobre Granada pesaban en tanto todos los horrores del hambre, mientras que sus muros, con vigor batidos por los fuegos del enemigo, hábilmente dirigidos por Gonzalo de Córdoba, el futuro Gran Capitan, entre otros entonces todavía mas ilustres caudillos, desmoronábanse sucesivamente, sembrando el desaliento ó la desesperacion en el ánimo de los Moros. Boabdil, testigo de los destrozos que la muerte hacia en las valerosas tribus de Zegríes y Abencerrages, de Gomeles y de Mazas; y sin soldados ya para la defensa de tan anchas como numerosas brechas, aceptó en fin una capitulacion que para siempre puso término á la dominacion de las Arabes en España. El dia 2 de Enero de 1492 tremólose el estandarte de la Cruz en la *Torre Bermeja*, y sobre los muros de la Alhambra.

Al amanecer del dia al de la capitulacion siguiente, Boabdil hizo salir de la ciudad á su familia por el camino de las Alpujarras, y tan luego como el son de los clarines y atambores le hizo saber que el ejército cristiano se acercaba, adelantóse él mismo á su encuentro seguido de todos los Walids, ó ministros, y de cincuenta caballeros granadinos. « Tuyos » somos — dijo á D. Fernando al encontrarle y besándole en el » brazo derecho — tuyos, Rey potente y glorioso: entregámoste nuestro reino puesto que Alá así lo quiere; y esperamos que usarás de la » victoria con generosa clemencia » — Dichas esas palabras, entregó el Rey vencido al vencedor las llaves de la ciudad, y tomó el camino de la sierra, sin querer entrar de nuevo en la que ya no era ni su capital, ni su patria siquiera. Dicen que al llegar á la cumbre del monte *Padul*, detúvose en cierto sitio, desde entonces llamado el *Suspiro del Moro*, por lo que á decir vamos. Desde aquella altura descúbrese á una parte el mar, término probable de la triste peregrinacion del infortunado Monarca; á la otra, Granada, el Jenil, la Vega, el sitio de los reales católicos, los cipreses que lúgubrementes daban sombra á los sepulcros de los antiguos y modernos héroes granadinos. ¡ Qué mucho que al contemplar tal es-

pectáculo en tales momentos, no fuese poderoso el infeliz Boabdil á contener el llanto que de sus ojos brotó al cabo en copiosos raudales! Pero su madre, la Sultana *Aixa* que en la emigracion con algunos de los antiguos personajes de la granadina corte le acompañaba, dijole con generosa indignacion: « Bien es que ahora llores como muger, ya que como hombre no supiste defender tu corona y patria. » Descendieron los emigrados la montaña y desapareció para siempre Granada á sus ojos.

Aunque el ejército castellano habia desde luego ocupado los muros y fortalezas de la ciudad conquistada, los Reyes no hicieron en ella su entrada solemne hasta el 6 de Enero, fiesta de los Santos Reyes; dia solemne para todos, pero de luto eterno, como el postrero de Granada, para los musulmanes que en el silencio y retiro de sus casas le lloraban amargamente, mientras que de triunfo y gloria para los cristianos que con gran pompa é insólito aparato militar y religioso instalaban á sus Católicos Monarcas en el palacio de la Alhambra. En él, y pocos dias después recibieron los Reyes al inmortal genovés *Cristóbal Colon*, que aquel mismo año habia de hacer á España señora de todo un *Nuevo Mundo*. Dicese que los Españoles lucharon setecientos años contra los Moros; lo que debiera decirse es lo contrario: que los Moros lucharon siete siglos contra los Españoles. En tres años conquistaron los Arabes la España: siete siglos costó el arrancársela de entre las manos. (1)

La Alhambra reveló entonces sus tesoros á los ojos de Isabel y de Fernando; tesoros de artístico primor y de inimitable elegancia, tales y tan sorprendentes, que aun hoy hacen de aquel encantador edificio, una especie de realizacion de las maravillosas fantásticas imaginaciones de las Leyendas Orientales. Alcázar y palacio á un tiempo mismo, extiéndose aquella deliciosa regia mansion sobre una vasta superficie de terreno, ofreciendo

(1) Precisamente porque cuando comenzó la lucha eran los Moros señores de toda España, se dice muy propiamente que los Españoles lucharon contra ellos durante siete siglos. Por lo demás, la rapidez de la conquista es un hecho que tiene su explicacion histórica, incontrovertible á nuestro juicio. Los Arabes vencieron en dos, que no en tres años á los *Godos*, como los Normandos en Inglaterra á los Sajones: el pueblo Español estuvo poco menos que neutral en la lucha, entre sus opresores cristianos, y los conquistadores musulmanes; y no comenzó ni en Asturias, ni en los Pirineos de Aragon á tomar parte en la contienda, hasta que ya la ruina de los *Godos* se habia consumado. (N. del T.)

á la vista en su aspecto exterior un conjunto irregular de diversos edificios, cuya arquitectura no se aparta menos del arte clásico de los Griegos que de la florida que gótica se llama, y que contrasta además notablemente con el orden simétrico y armónicas proporciones de su interior mismo. En los artesonados techos admiranse el primor del estuco y de los mosaicos, la viveza de los colores, la profusion del dorado, y el buen gusto que á todo ello preside; y en patios como en columnatas, en fuentes como en baños, encuentra que admirar el ánimo cosas nuevas cada vez que los ojos las miran. El paisaje, que desde sus balcones y galerías se descubre, es en todas direcciones admirable: donde quiera que la vista gire se encuentra, ya con jardines á que dan sombra árboles de aromáticas flores y deliciosos frutos, ya con risueñas colinas, ya en fin con amenas y fecundas vegas. No extrañemos pues, que aun hoy suspiren los Moros por las *delicias de Granada*, y que hagan sin tregua votos al cielo para que otra vez los ponga en posesion de la *Ciudad* que es para ellos un terrerai Paraiso.

Nunca pueblo lloró tan amargamente la pérdida de sus hogares, que tan mal defendió sin embargo: pero la historia nos ha conservado con piadosos colores el recuerdo de la profunda tristeza de los Moros, sin atreverse á infamarlos por su flaca resistencia. Hizo bien la historia: no fueron vencidos por cobardes. En verdad, aunque se hubieran mostrado tan prudentes y previsores, como probaron que eran valientes, todo lo que consiguieran fuera aplazar su ruina por algunos años. Abandonólos el Africa cobardemente; la superioridad castellana habia llegado á ser ya irresistible; y por fin, en el progreso como en la decadencia de los pueblos, hay, bajo la diestra omnipotente que inclina y dirige á su arbitrio la naturaleza inerte como á la voluntad libre, hay, decimos, una *fuerza de las cosas* que se burla de todos los cálculos, y hace estéril la prudencia humana. — Imperio en que la division encarna, perece: esa es ley inclinable entre las que presiden al gobierno de las cosas humanas: por eso, cuando apareció en la escena el venturoso D. Fernando, inspirado por el generoso espíritu de la magnánima Isabel, que sola en el mundo osó no dudar de *Colon*; y apoyándose ya en la invencible espada de los héroes precursores del gran Gonzalo de Córdoba, ya en la inteligencia

política del gran Cardenal Mendoza, ó en la voluntad profundamente razonada y enérgicamente sostenida de otro Cardenal todavía mas grande, de Gimenez de Cisneros, que mas tarde gobernó las Españas, como él decía, con su cordon de San Francisco; cuando apareció, decíamos, D. Fernando ante los muros de Granada, hizo la Providencia (1) que la encontrase medio vencida ya por sus propios furros y por el vértigo indudable que, como delirio de la agonía, se apoderó en los momentos supremos de todos los corazones y de todas las cabezas. ¡ Singular espectáculo, en efecto, el de Granada dejándose morir entre juegos y fiestas, entre amores ó intrigas! Devorada en lo interior por la discordia civil, destrozada al mismo tiempo por formidables exteriores enemigos, siempre armada y siempre en hábito de fiesta, juega, por decirlo así, con la fortuna y la muerte, y pasa con prodigiosa movilidad de los sangrientos debates de las facciones á la pompa de las públicas ceremonias, como si ocultarse quisiera á sí propia el sentimiento de sus desdichas. Singular y melancólico espectáculo el de aquel pueblo, en su origen grave y mesurado, pero que, trasformándose en apasionado y violento al acercarse el momento que va á privarle de su patria y sus altares, coronase de flores y se embriaga de delicias en el borde mismo de la tumba.

Mas todavía puede el filósofo examinar el suceso de que nos ocupa desde mayor altura; todavía puede parecerle mas digno de estudio, si en él considera la ruina de un célebre imperio, el fin irrevocable de una nacion generosa y valiente; si en él escucha el último suspiro del caballeresco espíritu en Europa; y todo eso en el siglo mismo de los prodigios, en el siglo en que otros Musulmanes destruian el trono de Constantino, Colon descubria el Nuevo Mundo, Gama el camino á las Indias Orientales, y Guttemberg inventaba la imprenta.

Considerada en sí misma y bajo su aspecto político, la invasion de los Arabes fué ciertamente una profunda calamidad para los Españoles, puesto que en ella perdieron sus hogares y vieron á los infieles entre sí repartirse

(1) Nadie como nosotros ve y adora en todo la mano de la Providencia: pero bueno es recordar aquí que la política, artera y nada escrupulosa, del Rey Católico venia de muchos años atrás promoviendo, fomentando, y pagando sobre todo, la discordia que indudablemente facilitó la conquista.
(N. del T.)

el suelo de la patria: pero la historia debe hacer á los invasores la justicia de confesar que no dejaron en la tierra por ellos conquistada rastro que útil y glorioso no fuese. Las grandes y memorables obras de que sembraron el suelo español, son aun para él de público beneficio. Los monumentos de Córdoba y de Toledo, de Sevilla y de Granada; las soberbias mezquitas, los palacios que por las Hadas parecen contruidos; los elevados y ligeros pórticos cuya duracion desafia los siglos; los mosaicos de indestructibles colores; los baños de mármol; los jardines deliciosos en que el arte prodigó sus maravillas; los atrevidos aéreos puentes, los acueductos monumentales, las fuentes de alabastro, las cisternas, las acequias, las obras hidráulicas, en fin, manantiales inagotables de riqueza agricola, son otros tantos magestuosos testigos de la grandeza de los Moros, que enorgullecen aun á España, aunque debidos á sus reveses; son además la causa y fundamento de que aquel país sea considerado, en la esfera de las artes, como una tierra clásica que visitarse debe, como la Grecia y como la incomparable Italia.

La conquista de Granada, realizando el constante anhelo de los Soberanos de Castilla y de Aragon, fué el complemento de su derecho al apellido de *Católicos*, que el Papa Alejandro VI les confirió en efecto, así para ellos como para sus sucesores el año 1496. El astro de la monarquía entonces llegaba al zenit de su esplendor, y no fué sola la expulsion de los Moros la causa de su elevacion, no; que pronto el Océano, de límite que era de dominios españoles, vióse por el genio de Colon trocado en mar para ellos mediterráneo. El ilustre Genovés, marino ya antes de su descubrimiento, experimentado si no célebre, habia en vano corrido las cortes de Portugal y de Inglaterra: ni en ellas ni en su país natal fué comprendido; en todas partes se graduaron de locas quimeras sus colosales elucubraciones. Llevóle su destino á Santa Fe y á la presencia de los *Reyes Católicos*, mas fué la primera vez friamente acogido por aquellos Monarcas que, atentos exclusivamente, por una parte, al asedio de Granada, y por otra casi exhaustos de recursos, que lo prolongado de aquella guerra agotara, ni estaban para atender á los discursos del sabio geógrafo, ni se mostraran prudentes distrayendo un solo maravedí de su escasisimo tesoro. Pero cayó Granada; y cuando ya Colon, desesperado,